

Queridas hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

*Es Pascua, el día que ha hecho el Señor (cf. Sal 117). El que fue colgado de un madero. Dios lo ha resucitado. Él se nos encargó predicar y dar testimonio de cuanto ha sucedido (cf. Hch 10,39-40,42).*



La mañana de Pascua amanece con un grito y una pregunta: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí», dice el ángel a las mujeres en el relato de Lucas Lc 24,1-8).

Las mujeres cobran un papel fundamental en los relatos de la Pascua. Ellas siguieron y sirvieron a Jesús con sus bienes por los caminos de Galilea (Lc 8,1-3) y permanecieron fieles hasta el final, hasta la cruz.

Esa es nuestra misión: Comunicar a todos la gran noticia que ha cambiado la suerte de la historia. Jesús que padeció bajo el poder de Poncio Pilato, murió y fue sepultado, al tercer día ha resucitado y vive para siempre.

El encuentro con el Resucitado nos envía siempre al presente y a lo cotidiano (Mt 28,1-15), nos convoca al corazón de la vida y nos cita de manera desconcertante y sorpresiva a reunirnos en su nombre y a señalar las huellas del amor como un surco imborrable en la historia que hay que seguir actualizando, reproduciendo.

La primera testigo de la Resurrección de Jesús, María, se jugó el sentido de su vida en la elección entre el miedo o la nostalgia. El «**Ve y dile a tus hermanos y hermanas**» que escuchó por boca del Resucitado la llevó a recorrer caminos insospechados para una mujer de su época. Afrontó el presente y anticipó futuro.

Quizás también a nosotras hoy pueda pasarnos que estemos un tanto desconcertadas ante un presente que no terminamos de entender y muchas expectativas, sueños y proyectos que no han terminado como pensábamos en nuestra vida.

El Resucitado toma el cuerpo de muchos hortelanos y hortelanas, personas y acontecimientos que nos salen al camino de la vida cotidiana y de los hechos de la historia como a Magdalena.

El Resucitado nos invita a adentrarnos en la espiritualidad del decir **adiós** a lo que se va quedando añejo en nuestro modo de ser y estar en el mundo, también como comunidades de vida consagrada y decir **hola** a lo nuevo y a lo que despunta como alternativo hoy en nuestros ambientes.

Necesitamos dejar espacio. Si no lo hacemos, nuestra vida, nuestras comunidades, la Iglesia se quedarán añejos, nostálgicos y nuestra fe y nuestro compromiso quedará reducido a ideología o frases hechas.

Adentrarnos en este «suéltame» de Jesús a Magdalena es atrevernos a hacernos una pregunta, que siempre resulta tremendamente incómoda:

***¿Qué es lo que el Señor nos está pidiendo que abandonemos, dejemos, soltemos, para poder reconocerle como el Resucitado, hoy, aquí y ahora?***

Siento que es urgente que nosotras mismas no sintamos destinatarias del anuncio de la buena noticia para luego anunciarlo a los demás. Que, nosotras mismas, encontremos palabras de esperanza, motivos para caminar hacia delante, con paso ligero y sin tropiezos en los pies para luego proponer a los demás ese camino de esperanza.

Es necesario que hagamos nosotras mismas experiencia del Dios revelado en Jesús, para poder ofrecerlo a quienes lo buscan. El anuncio de la buena noticia necesita de testigos que comuniquen lo que han visto y oído (cf. 1 Jn 1,1-3)

Es Pascua: ¡Id, hermanas, anunciad y testimoniad la buena nueva del Evangelio!  
¡Aleluya! ¡El Señor ha resucitado!

¡Hermanas, para todas, una Pascua gozosamente serena y llena de esperanza!

Un fuerte abrazo fraterno

Rosario Sánchez  
Superiora General